

El historiador y el general: imposiciones y disensos en torno a la interpretación pública de la historia en Paraguay

Liliana M. Brezzo

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina (CONICET- IDEHESI- IH) - Pontificia Universidad Católica Argentina

Resumen

Este estudio indaga la política de la historia desenvuelta por el gobierno del general Alfredo Stroessner en Paraguay, de los mecanismos de imposición y de los disensos. Para ello se analiza la tendencia historiográfica denominada *revisionismo paraguayo* construida por el historiador Juan E. O'Leary para mostrar el proceso por el cual se convirtió en sostén del régimen de Stroessner. Al mismo tiempo se llama la atención en el funcionamiento, en los confines del Estado, de estudiosos vinculados al Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas y a la Universidad Nacional de Asunción.

Palabras clave: Paraguay, política de la historia, memoria colectiva, discursos históricos.

Abstract

This study investigates the politics of history outspoken government of General Alfredo Stroessner in Paraguay, taxation mechanisms and dissent. This historiographical trend called *revisionism* built by Paraguayan historian Juan E. O'Leary to show the process by which he became the Stroessner regime support is analyzed. At the same time attention is on the run, in the confines of the state, scholars associated with the Paraguayan Institute of Historical Research and the National University of Asuncion.

Keywords: Paraguay, political history, collective memory, historical speeches.

Conocido como “el vocero del *lopismo*”, “el cantor de las glorias nacionales”, “el poeta del Paraguay”, “el reivindicador”, Juan Emiliano O’Leary (1879-1969) fue el historiador de cuño nacionalista más paradigmático, laureado e influyente del siglo veinte en ese país. En el transcurso de su dilatado itinerario intelectual construyó una interpretación del pasado en la que convirtió a la derrota del Paraguay en la guerra contra la Triple Alianza (Argentina, Brasil, Uruguay 1864-1870) en una victoria del “paraguayo más inmortal”, el Mariscal

Francisco Solano López, al cataclismo bélico en verdadera “epopeya nacional” y al pueblo paraguayo en el “invicto vencido”. A tal punto esa visión caló en vastos sectores de la sociedad que puede sostenerse que su discurso histórico no fue sólo informativo, en el sentido de comunicar hechos y eventos del pasado sino que fue, fundamentalmente, *performativo*, puesto que su lenguaje creó realidades en la memoria colectiva paraguaya que perduraron hasta tiempos recientes.

En este sentido, el presente trabajo se ocupa de analizar la política de la historia¹ impuesta por el régimen de Alfredo Stroessner (1954-1989)² centrada en la reivindicación del pasado concebida por Juan O’Leary y a la cual, desde mediados del siglo veinte, se la denomina, en el *argot* historiográfico, *revisionismo paraguayo*.

I

¿Quién fue Juan Emiliano O’Leary? ¿Qué se conoce acerca de su quehacer político cultural? ¿En qué circunstancias estableció vínculos de amistad con el general Alfredo Stroessner? ¿Qué imposiciones y disensos es posible identificar, con la instalación del *stronato*³ en torno a la interpretación pública de la historia? La mayor parte de su obra se encuentra aun dispersa en la prensa de la época, en innumerables textos mecanografiados, en recortes de revistas y en manuscritos diseminados en su nutrido archivo privado; no obstante, avances graduales nos permiten mostrar algunos resultados firmes sobre su itinerario vital e intelectual. Juan Emiliano O’Leary nació el 12 de junio de 1879 en Asunción.⁴ La madre de O’Leary, María Dolores, se había casado en primeras nupcias con

¹ Con política de la historia nos referimos en este estudio a las formas que adquiere la escritura y la utilización del pasado para modificar o mantener en el presente el sistema de distribución del poder político en una sociedad. Esta categoría ha sido recogido recientemente en estudios y debates de los cuales nos hemos valido para este estudio. Entre ellos el de Goebel, Michael, *La Argentina Partida, Nacionalismo y política de la historia*, Buenos Aires, Prometeo, 2013; Stephan Scheuzger, Stephan y Schuster, Sven (eds.), *Los Centenarios de la independencia. Representaciones de la historia patria entre continuidad y cambio*, Eichstätt, Zentralinstitut für Lateinamerika-Studien, 2013; Cattaruzza, Alejandro y Eujanian, Alejandro, *Políticas de la Historia, Argentina 1860-1960*, Madrid-Buenos Aires, Alianza, 2003 y Mac Millan, Margaret, *Juegos peligrosos. Usos y abusos de la historia*, Barcelona, Ariel, 2010.

² Alfredo Stroessner gobernó el Paraguay desde el 15 de agosto de 1954 hasta el 3 de febrero de 1989. Fue el presidente que permaneció durante más años en el poder en la historia paraguaya.

³ Así se lo denomina al extenso mandato de Stroessner.

⁴ Nos han sido de utilidad para reconstruir el itinerario biográfico de Juan E. O’Leary los textos de Amaral, Raúl, *Escritos Paraguayos*, Asunción, Meditarráneo, 1984 (primera parte y el prólogo preparados para los textos compilados en *Prosa Polémica*, Asunción, Ediciones Napa, 1982); Juan Natalicio González, *Letras Paraguayas*, Asunción, cuadernos republicanos, 1988; Justo Pastor Benítez, *El Solar Guaraní. Panorama de*

Bernardo Jovellanos Bedoya, con quien tuvo tres hijos.⁵ Para ella, la guerra había sido “implacable”. Luego de perder a su marido, un familiar la había denunciado de “derrotismo” ante las autoridades, por haber expresado, en una conversación “familiar e íntima”, su impresión ante el poder del invasor en relación a los precarios recursos bélicos del país. Hallada culpable tuvo que dejar su hogar y todo cuanto poseía para ir como *destinada* a las cordilleras con sus tres hijos pequeños. Vino luego la derrota total del ejército paraguayo y el avance del enemigo. En el transcurso del año 1869 Dolores pudo regresar a Asunción, ocupada por las fuerzas aliadas, donde encontró su casa saqueada y apropiada por un comerciante. Fue en esos días cuando conoció a Juan O’Leary, instalado con su comercio a pocos pasos de la que fuera su residencia familiar. Y se casaron enseguida.⁶

El 28 de febrero de 1898 O’Leary se graduó de bachiller en ciencias y letras en el Colegio Nacional de Asunción. Se inscribió luego en la Facultad de Derecho, donde rindió asignaturas hasta el tercer curso; al mismo tiempo comenzó a trabajar en el diario *La Prensa*.

Por ese entonces se vivía en la capital paraguaya un clima cultural de especial densidad, activado por una élite social que había ido conformándose –fundamentalmente, pero no sólo- con egresados del Colegio Nacional (creado en 1877) y de la Facultad de Derecho (que comenzó a funcionar en 1889), la que pasaría a denominarse *Generación del 900*. Nacidos todos en el transcurso de la primera década de la postguerra la conformaban, entre otros, Blas Garay, Manuel Domínguez, Fulgencio R. Moreno, Arsenio López Decoud, Manuel Gondra, Ignacio Pane, Ricardo Brugada (h), Eligio Ayala, Teodosio González, Alejandro Guanes, Juan Francisco Pérez Acosta y el mismo Juan E. O’Leary.⁷ Políticamente, algunos de ellos adhirieron al Partido Colorado o Alianza Nacional

la cultura paraguaya del siglo XX, Buenos Aires, Nizza, 1959. Para sus escritos iniciáticos, Brezzo, Liliana M., *Juan E. O’Leary. El Paraguay convertido en acero de pluma*, Asunción, El Lector, 2011.

⁵ Duarte de Vargas, Alberto, “Don Pascual de Urdapilleta: arquitecto y constructor de la Catedral de Asunción”, *Revista Contribuciones desde Coatepec*, 2001, N° 1.

⁶ República del Paraguay, *Biblioteca Nacional* (en adelante BNP), Archivo personal de Juan E. O’Leary (en adelante AJEO), Diario íntimo de Juan E. O’Leary, Cuaderno II.

⁷ No se produjeron aun estudios ortodoxos sobre la conformación y la dinámica de este grupo político-cultural. Algunos avances sobre esta problemática que nos han sido de utilidad en Amaral, Raúl, *El Novecentismo paraguayo: hombres e ideas de una generación fundamental del Paraguay*, Asunción, Servilibro, 2006; un examen reciente sobre la existencia –o no- de la denominada generación del 900 paraguaya en Gómez Lez, O. y Zarza, M.; *Pensadores (as) del 900*, Asunción, CIF, 2013.

Republicana, como Blas Garay, Fulgencio Moreno, Manuel Domínguez, Juan E. O’Leary en tanto otros se mostraron identificados con los principios del Partido Liberal como Eligio Ayala y Manuel Gondra.

El 10 de setiembre de 1900 fue designado profesor de Historia Americana y Nacional en el Colegio Nacional de Asunción. Así, habiendo superado escasamente los veinte años, comenzó a dedicarse a la enseñanza de la Historia en tanto adquiría protagonismo a través de actividades periodísticas y culturales en las que participaba en la capital paraguaya.⁸

II

En el mes de mayo de 1902, en el diario *La Patria*, bajo el seudónimo de Pompeyo González, O’Leary inició la publicación de una serie de 26 artículos con el título general de *Recuerdos de Gloria*. Fueron, propiamente, sus primeros escritos de índole histórica y tenían los propósitos, en sus palabras, “de exaltar el heroísmo del pueblo vencido en una lucha desigual” y “exponer a las nuevas generaciones las hazañas de los héroes de la Guerra del Paraguay contra la Triple Alianza”.⁹ El joven periodista ofreció, en cada entrega, un relato sobre las acciones de armas de la contienda. En cada caso reiteró una misma imagen: la de estar frente a un ejército paraguayo siempre victorioso aunque saliese derrotado en la mayoría de los enfrentamientos armados. Nos resulta sorprendente la eficacia retórica desplegada por el precoz historiador, capaz de mostrar a las derrotas como inobjetables *glorias nacionales*. Hay varios pasajes representativos de este recurso, como el que dedicara al paso del derrotado ejército paraguayo por los pantanos de Ypecuá, luego de las sangrientas jornadas de Ytá Ybaté: “*La historia no registra en sus páginas una retirada más gloriosa. Los soldados de Jenofonte y de Napoleón, en las soledades del Asia y de Rusia, no se aproximan siquiera a los héroes de la retirada del Ypecuá. Nunca se vio sacrificio más desinteresado, ni abnegación más espontánea*”.¹⁰

Asimismo, en el extenso artículo sobre la batalla de Tuyutí, el resultado militar favorable al ejército de los países aliados era mostrado como una victoria paralítica frente a la gloriosa

⁸ Además de su trabajo como periodista en las hojas *La Prensa* y *Patria*, O’Leary era docente en el Colegio Nacional de Asunción y un socio activo del *Instituto Paraguayo*, la institución cultural más prestigiosa del país a comienzos del siglo veinte.

⁹ Esta serie de artículos permanecieron inéditos hasta que, recientemente, fueron compilados y editados por Ricardo Scavone Yegros en O’Leary, Juan E., *Recuerdos de Gloria*, Asunción, Servilibro, 2007.

¹⁰ *Ibidem*, página 179.

derrota paraguaya: “*Numerosos fueron los episodios extraordinarios de esta famosa batalla. En todos ellos alcanzan la nota más alta el arrojo, la serenidad y el valor sin segundo de los paraguayos. Los aliados quedaron estupefactos ante el heroísmo de los asaltantes*”.¹¹

Junto a esas dos figuras sobresalía la insistencia de O’Leary en recordar a la sociedad paraguaya el “pasado ideal” que había disfrutado en los años anteriores a la guerra para, de ese modo, sentir que se formaba parte de una nación grande que el conflicto bélico había destruido; así, volviendo una y otra vez a ese tiempo pretérito pretendía hacer consciente la necesidad de recuperarlo. En esta línea puede leerse en la narración titulada “9 de julio de 1868”: “*Los seiscientos mil paraguayos muertos en aquella sangrienta carnicería han dejado algo que vivirá más que el triunfo de los vencedores. Algo que, mientras perdure el culto a la patria y el sentimiento de la dignidad humana hará que el mundo se descubra ante el Paraguay. Levantemos el espíritu de las generaciones con el ejemplo de un pasado poblado de laureles. Hagamos que sepa la niñez que ese apocamiento moral, esa debilidad cívica, esa frialdad patriótica de nuestro pueblo no fue, ni con mucho, el signo característico de los que cayeron en Yataí y vencieron tres veces en Mbutuy y enrojecieron las aguas en la laguna de Yberá y ahogaron el orgullo porteño en Curupayty, lucharon en el Bellaco, murieron en Tuyutí, vencieron en el Sauce, fueron leones en Corumbá y sucumbieron con la espada en la mano en Cerro Corá*”.¹²

En las coordenadas incoadas en estos textos –la conversión de las derrotas en glorias nacionales y la idealización del pasado para superar un presente adverso- queda ya perfilada, según entendemos, una cuestión de fondo sobre su forma de hacer historia: la tensión entre una reconstrucción razonada del acontecimiento y la invención de un recuerdo. Paralelamente a la divulgación de la serie periodística, O’Leary protagonizó, a través de la prensa asuncena, una tremenda polémica sobre la historia del Paraguay con el prestigioso abogado Cecilio Báez. Fue la primera disputa historiográfica que se produjo en el país, referida a determinar los orígenes y las responsabilidades en la guerra contra la Triple Alianza. La controversia se prolongó a lo largo de seis meses y la sociedad paraguaya participó, directa e indirectamente, a través de notas de adhesión y de

¹¹ *Ibidem*, página 143.

¹² *Ibidem*, página 33.

manifestaciones colectivas a favor de uno y otro polemista.¹³ Cecilio Báez explicó el origen de la guerra, desde las columnas del diario *El Cívico*, como un efecto del propio “sistema tiránico” el cual, sostenía, había tenido su origen en la época colonial y se había consolidado durante los gobiernos de José Gaspar de Francia (1814-1840) de Carlos A. López (1842-1862) y de Francisco S. López (1862-1870): “*La guerra se hizo de exterminio para el Paraguay, no solamente por obra de los aliados, sino también por obra del mismo López. Los déspotas siempre quieren aparecer como intérpretes de la voluntad nacional o sirviendo los intereses de la Nación. Cualquier hombre de sentido común comprenderá que López ni debió intervenir en el conflicto uruguayo-brasilero ni mucho menos provocar la guerra. Tal fue el desenlace de la tiranía paraguaya. Fue el sacrificio de todo un pueblo. El país quedó arruinado y desmembrado. Toca a la nueva generación reparar lo perdido, por la educación, por el trabajo, por la práctica de la libertad, por el concurso del elemento extranjero, pero principalmente por la educación, para que al rebaño humano lo reemplace un pueblo consciente de sus derechos, que haga imposible la vuelta de las omnímodas y embrutecedoras dictaduras*”.¹⁴

Por su parte, O’Leary lo enfrentó, desde la hoja *La Patria*, con un discurso completamente opuesto, centrado en un pasado heroico y glorioso, en el que la sociedad paraguaya vivía feliz y próspera hasta que una serie de causas exógenas la habían condenado a su “actual postración”. Dedicó a cada episodio del acontecimiento bélico un artículo completo en un esfuerzo hermenéutico dirigido a mostrar “quien fue la mano negra que arrojó, sobre el Plata y el Paraguay, el huracán de muerte que hizo añicos de nuestra pasada grandeza y poderío”. Diremos, sostenía el joven periodista, “que la intervención brasileña en el Uruguay y la guerra de 1865 fue el lógico desenlace de la política absorbente, de las miras ambiciosas del Imperialismo”.¹⁵ En efecto, a lo largo de los meses que duró la disputa, desplegó un conjunto de eficaces argumentos para mostrar que la guerra había tenido sus orígenes en las maquinaciones del Imperio del Brasil y en la complicidad del gobierno argentino de Bartolomé Mitre.

¹³ Los términos de esta controversia, sus principales argumentos y derivaciones como así también la transcripción completa de los artículos de prensa intercambiados por Báez y O’Leary los hemos publicado en *Polémica sobre la Historia del Paraguay*, compilación y edición de los textos a cargo de Scavone Yegros, Ricardo y Scavone Yegros, Sebastián, estudio preliminar a cargo de Liliana M. Brezzo, Asunción, Tiempo de Historia, (2008) 2012.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ *Ibidem*.

Cabe destacar que en esta etapa iniciática no aparece aun, entre los intereses historiográficos de O’Leary, la figura de Francisco Solano López; de hecho, en los primeros compases del siglo veinte era difícil hallar en el espacio público asunceno, discursos históricos definidos referidos a su régimen político y a su conducción militar durante la guerra; las escasas referencias aparecían ambiguas, tenues y hasta contradictorias.¹⁶ De todos modos, la victoria retórica frente a Báez significó para O’Leary, sin lugar a dudas, un fuerte espaldarazo que se proyectó más allá de los límites de la ciudad de Asunción y puso ya de manifiesto cierta demanda, por parte de la sociedad paraguaya, de su interpretación del pasado.

El trabajo que publicó algún tiempo después, con motivo de la conmemoración del centenario de la Independencia, en 1911 y como parte de una obra colectiva titulada *Álbum Gráfico de la República del Paraguay* nos da la oportunidad de completar, con otros rasgos el discurso incoado en el transcurso de la polémica mediática con Cecilio Báez. Para esa oportunidad O’Leary produjo un extenso texto titulado *La guerra de la Triple Alianza* en el que aparece nuevamente la representación de una *edad de oro* que situaba en la primera mitad del siglo diecinueve y en la que aparecía resaltado, en este caso, el gobierno de Carlos Antonio López y su defensa de la independencia frente a la denegatoria del gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, quién mantenía la política de considerar al Paraguay como parte de la Confederación Argentina. Para defender “nuestros derechos” sostenía O’Leary, “[...] en el terreno puramente histórico fue fundado *El Paraguayo Independiente* y para sostenerlos con las armas, si llegara el caso, se militarizó completamente el país. Y a la sombra de nuestro poder militar aumentó nuestro poder, convirtiéndose el Paraguay en una potencia americana de primer orden. Cuando falleció nuestro glorioso patriarca formábamos ya una gran Nación, rica y poderosa, cuya influencia pesaba en los destinos de la América del Sur”.¹⁷

La cimentación de esta imagen del pasado le impedía desplegar cualquier discurso referido a alcanzar, conseguir o imponer objetivos para la sociedad paraguaya de la época; por el contrario, insistía en la necesidad de recuperar algo que en el pasado ya había tenido, una

¹⁶ Capdevila, Luc, *Una guerra total: Paraguay, 1864-1870. Ensayo de historia del Tiempo presente*, Buenos Aires,- Asunción, SB- CEADUC, 2010, página 205.

¹⁷ *Álbum gráfico de la República de Paraguay. 100 años de vida independiente 1811-1911*, compilado por Arsenio López Decoud e impreso en Buenos Aires por la Compañía Argentina de Fósforos, comenzó a circular en junio de 1912.

situación ideal – independencia, unidad, autonomía – que un día fue suya y que otros le arrebataron ilegítimamente. La visión de una *edad de oro* quedaba enlazada, de ese modo, con la de un *eterno retorno*, concentrada en el regreso a una época pletórica de abundancia y de plenitud. En este trabajo aparece, asimismo, una asimilación de las figuras de José Gaspar de Francia, de Carlos Antonio López y de Francisco Solano López a las de un *karai*¹⁸, es decir, una especie de chamán o jefe cuyas órdenes procedían de su sabiduría y eran indiscutibles. Este *karaísmo* contenía una idea autoritaria de la nación o, en todo caso, una creencia – compartida por algunos sectores de la sociedad – de que la democracia era sinónimo de incertidumbre y que las relaciones sociales propias de la época dictatorial podrían continuar vigentes.

En los años siguientes O’Leary divulgó esta representación del pasado a través de una producción histórica no muy extensa y de carácter desigual pero con una apreciable acogida: *Nuestra Epopeya* (1919), *El Mariscal Solano López* (1920), *El libro de los héroes. Páginas históricas de la guerra del Paraguay* (1922), *El Paraguay en la unificación argentina* (1924) y *El Centauro de Ybycui. Vida heroica del general Bernardino Caballero en la Guerra del Paraguay* (1929). Junto a esta, la correspondencia proveniente de su archivo privado, nos permite allanar el camino para explicar los orígenes y el desarrollo del proceso de reivindicación histórica del Mariscal Francisco Solano López.

III

Como lo han mostrado recientes contribuciones dedicadas, desde miradas poliédricas, al estudio histórico de la Guerra del Paraguay o Guerra de la Triple Alianza, la derrota determinó por completo la evolución sociocultural paraguaya. La reducción de su población a un 30% - conformada, fundamentalmente, por niños, ancianos y mujeres - de los aproximadamente 400.000 habitantes con que contaba al comenzar la contienda, la desarticulación del sistema educativo, la destrucción de archivos estatales y particulares, y la dispersión de bibliotecas públicas y privadas son algunos datos que permiten referenciar el marasmo social en el que quedó sumida la sociedad.¹⁹ Otras evicciones tuvieron su raíz

¹⁸ En lengua guaraní significa “jefe”. Era usual, en su época, referirse a José Gaspar de Francia como el *karai guazú*, es decir “gran jefe”.

¹⁹ Brezzo, Liliana M.; “Reconstrucción, poder político y revoluciones” en *Historia del Paraguay*, Asunción, Taurus, 2011, páginas 199-225.

en la reacción contra el sistema político de preguerra, contenida en el programa de reconstrucción nacional. El 17 de agosto de 1869, el gobierno provisorio paraguayo declaró a Francisco Solano López, presidente de Paraguay y jefe de las fuerzas paraguayas durante la guerra, “asesino de su patria” y calificó a los anteriores gobiernos de José Gaspar Rodríguez de Francia (1814-1840) y de Carlos Antonio López (1842-1862) de bárbaros y despóticos.

De ese modo se estableció una clausura oficial sobre la memoria del Mariscal. Así, en el último tercio del siglo diecinueve, tanto en Paraguay como en los países de la Triple Alianza, prevaleció un discurso histórico de tradición liberal según el cual la guerra había sido entablada entre la civilización y la barbarie y tenido su origen en los regímenes políticos de José Rodríguez de Francia y de los dos López, únicos responsables de sustraer a la sociedad paraguaya del progreso compartido en los otros países del Río de la Plata.²⁰

La difusión que tuvieron en Paraguay la serie *Recuerdos de Gloria* y la disputa contra Báez habilitaron, sin embargo, a O’Leary para la construcción de un discurso histórico rebosante de responsabilidades nacionalistas y dieron lugar a que, bajo su liderazgo, se pergeñara la transformación de la imagen de Francisco Solano López de dictador responsable por desencadenar una guerra desastrosa para el país, a héroe víctima de la agresión de la Triple Alianza

La correspondencia que sostuvo con amigos y letrados ofrece pruebas para calibrar ese proceso. Sobresale, sin duda, el intercambio epistolar que, en 1907, inició con el historiador argentino David Peña, quien acababa de publicar una biografía sobre el caudillo Juan Facundo Quiroga.²¹ Según su propio testimonio, O’Leary localizó esa obra en una librería asuncena. Luego de leerla escribió: “*Hermoso libro. Su lectura me ha dejado una grata impresión. Quiroga resulta un prócer argentino. Desvanecida la sangrienta leyenda forjada por Sarmiento queda la vida del grande hombre, reducida a sus justas proporciones. Facundo ya no es el bárbaro, sediento de sangre, corrompido, enemigo jurado de la civilización como lo pintó el asesino de Peñaloza, el “doctor de Michigan”. Queda, como dice Peña, el general Juan Facundo Quiroga, representante nato de las provincias y precursor de Urquiza en la obra de la organización nacional. La teoría de*

²⁰ Brezzo, Liliana M.; Figallo, Beatriz, *La Argentina y el Paraguay. De la guerra a la integración*, Rosario, PUCA-Instituto de Historia, 1999, p. 445-503.

²¹ David Peña, *Juan Facundo Quiroga*, Buenos Aires, Peuser, 1906.

*Peña se puede fácilmente aplicar al Mariscal López. Un libro así de reivindicación es mi más constante preocupación. Alguna vez lo haré”.*²²

Y, acto seguido, le remitió una carta al autor de la biografía para manifestarle que “*años hace que me consagro a una obra semejante desde las columnas de la prensa de mi país. No le asombre, pues, mi actitud, que ella es hija del entusiasmo que no puede menos que producirme esta afinidad entre su pensamiento y el mío. Cuan pocos son los hombres que, como usted, se atreven a desafiar los prejuicios en nombre de la justicia histórica. Yo que he combatido por todas partes en mi país brego en defensa de las glorias de mi patria, aprecio en su justo valor su actitud*”.²³ Merece ser ponderado debidamente este intercambio porque, según entendemos, permite fechar el origen de la *vindicación* como uno de los atributos principales de la forma de hacer historia de O’Leary.²⁴ En efecto y, de acuerdo a los propósitos manifestados a Peña, en el año 1920, en conmemoración del cincuentenario de su muerte, publicó *El Mariscal Solano López*, una obra centrada en reivindicar la actuación del ex presidente del Paraguay durante la guerra. La biografía tuvo una recatada acogida y es que, aun si se tiene en cuenta el prestigio con que ya contaba O’Leary en el espacio cultural asunceno, seguía pesando la clausura oficial sobre la memoria del Mariscal, impuesta por el decreto de 1869.

Fue necesario que transcurrieran algunos años para que se iniciara el “desagravio oficial”. En los primeros meses de 1926, poco antes de que se cumpliese el centenario del nacimiento de Solano López, el día 24 de julio, un grupo de letrados paraguayos, afiliados unos al partido Colorado y otros al partido Liberal entre los que se encontraban Juan Stefanich, Carlos Centurión, Anselmo Jover Peralta, Eliseo Da Rosa, Facundo Recalde y Justo Prieto, entre otros, constituyeron un comité de homenaje y designaron a O’Leary, quien se hallaba en Europa desempeñándose como Encargado de Negocios ante el gobierno español, como el presidente de honor. El senador por el partido Liberal, Pablo Max Ynsfrán, presentó en el Congreso Nacional un proyecto de ley para dejar sin efecto las leyes que habían puesto a López fuera de la ley. La prensa de esos meses daba cuenta de la

²² BNP, AJEO, Libro de apuntes diarios, 7 de enero de 1907.

²³ *Ibidem*.

²⁴ Somos conscientes de que ese intercambio demanda ser analizado, a su vez, con el proceso historiográfico argentino y la filiación del revisionismo histórico a partir de las obras de Adolfo Saldías y Ernesto Quesada. Entre los valiosos estudios figuran el de Devoto, Fernando y Pagano, Nora, *Historia de la Historiografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

realización de manifestaciones populares en apoyo a la iniciativa y el día previsto para que se debatiera en la Cámara de Senadores consignó que “el pueblo se reunió frente al Congreso y cantó el himno nacional”. Finalmente no llegó a discutirse la propuesta y sus impulsores, autodefinidos como “orgullosamente lopistas”²⁵, debieron aguardar una década para lograr su objetivo.

IV

En 1936, tras la victoria del Paraguay frente a Bolivia en la guerra del Chaco (1932-1935), las disidencias entre la oficialidad joven del ejército y el gobierno de Eusebio Ayala desembocaron, el 17 de febrero, en un movimiento revolucionario. Esencialmente de carácter militar, los sublevados eligieron al coronel Rafael Franco (uno de los jefes más prestigiosos durante la guerra) como presidente provisional. La denominada revolución *febrerista* significó el debut del ejército paraguayo en los manejos políticos y añadió un ingrediente de alta significación: “la reivindicación de la historia paraguaya”. Juan Stefanich, mentor intelectual del movimiento revolucionario sostendría que, ideológicamente, la rebelión se sustentó en las tres figuras próceres de la nación: “tres nombres preclaros señalan la curva de la existencia de nuestro país durante la media centuria más azarosa de su vida: el doctor Rodríguez de Francia, don Carlos Antonio López y el mariscal Francisco Solano López”.²⁶ Esto se tradujo en resonantes iniciativas a las que se englobó bajo la denominación de “liberación histórica”; una de las más importantes fue, sin duda, la que declaró a Francisco Solano López, por medio de un decreto ley, el 1º de marzo de 1936, “héroe nacional, inmolado en representación del idealismo paraguayo en Cerro Corá” y determinó que se le erigiese en glorificación un gran monumento conmemorativo.²⁷ Y el 12 de octubre se trasladaron los restos mortales del Mariscal desde Cerro Corá (escenario de la última batalla de la guerra contra la Triple Alianza, en la que había caído abatido) al edificio recientemente erigido en Asunción como Panteón Nacional

²⁵ BNP, AJEO, Correspondencia pública y privada. De Manuel Domínguez a Juan O’Leary, 11 de enero de 1926; De Pablo Max Ynsfrán a Juan E. O’Leary, Asunción, 1 de setiembre de 1926; de Gerónimo Riart a Juan E. O’Leary, Asunción, 5 de setiembre de 1926.

²⁶ Caballero Campos, Herib, “El nacionalismo en el Paraguay. La labor historiográfica de Juan Stefanich” en *Actas digitales del XXXII Encuentro de Geo historia Regional*, Resistencia, IIGHI. Disponible en: www.iighi-conicet.gov.ar.

²⁷ Brezzo, Liliana M; Juan E. O’Leary. *El Paraguay convertido en pluma de acero*, Asunción, El Lector, 2011, página 10.

de los Héroes y se impulsó la inclusión del 24 de julio en el calendario oficial, recordando su natalicio.²⁸

O'Leary se hallaba en esas fechas en París cumpliendo funciones diplomáticas. En esta ciudad, imaginando la ceremonia de traslado de los restos mortales del Mariscal, produjo una extensa anotación en su diario íntimo: “*¡Coronamiento de mi obra! Pero es muy posible que no me hayan recordado siquiera. ¡No importa! No soy yo el triunfante, es mi ideal. Yo puedo ser olvidado, por ahora, pero eso queda [...] Los que hablan de “imperialismos” no saben que yo rompí esa coyunda, la del imperialismo argentino-brasileño, imperialismo político que hacia del Paraguay una factoría. ¡No conocieron el Paraguay de Egusquiza y Emilio Aceval! Y hablan de no sé qué imperialismo capitalista actual. ¡No hay tal! El otro era el imperialismo real, el de los gobiernos vecinos pesando sobre la satrapía legionarista, que se prolongó, más atenuada con mi campaña, durante el régimen cívico y agonizó y murió con el radicalismo traidor. Contra esa ignominia luché solo. López fue mi bandera, porque López representa nuestra soberanía atropellada y la resolución de ser paraguayos solamente. Podrán olvidarme, pero ahí están mis obras y ahí está mi propaganda que llena, desde 1900, la prensa nacional [...] Queda allí mi obra y mi doctrina. Sí, mi doctrina. Porque no he sido polemista solamente. He formulado una doctrina, que es la que da sus frutos y la única que hará la grandeza nacional [...] ¡Y nadie me sacará lo que es mío!*”²⁹. O'Leary bosquejaba así parte de su juventud y de su labor en la construcción de una historia militante –y sin duda exitosa- que había calado en vastos sectores de la sociedad paraguaya y a la cual se pretendía elevar como doctrina de estado. La rehabilitación oficial del Mariscal López disparó, en los años siguientes, una verdadera fiebre conmemorativa. Así, por ejemplo, el 15 de mayo de 1941 la avenida Colombia, en Asunción, pasó de denominarse avenida Mariscal López. En esta misma dirección, el 24 de julio de 1948 se festejó por primera vez, oficialmente, el aniversario del nacimiento del Mariscal y, con tal motivo, se desarrolló la “semana del Mariscal López” en la que O'Leary tuvo, también, un rol protagónico.²⁹

²⁸ Céspedes, Roberto, “Feriados a imaginarios nacionales (1939-1967 y 1990-2011)” en Casal, Juan Manuel y Whigham, *Paraguay: investigaciones de historia social y política*, Montevideo, Universidad de Montevideo-Tiempo de Historia, 2013, p. 279-292.

²⁹ BNP, AJEO, Sección correspondencia pública y privada. De Presidencia de la República, Oficina de informaciones, a Juan E. O'Leary, Asunción, 24 de julio de 1948.

Nos parece conveniente mencionar que este conjunto de operaciones tuvieron repercusión en Argentina. El 15 de setiembre de 1948 el presidente del Instituto Juan Manuel Rosas de investigaciones históricas – entidad fundada en 1938 por un grupo de letrados nacionalistas adscriptos al *revisionismo histórico*- Mario César Gras, le envió a O’Leary una nota notificándole la designación como integrante de su Consejo Académico. Este contacto epistolar no es un dato menor puesto que, hasta donde hemos podido llegar en nuestra indagación, fue a partir de esas fechas cuando comenzó a designarse *revisionismo paraguayo* al discurso de O’Leary³⁰; denominación que se extendería en los años siguientes. El intercambio epistolar entre O’Leary e historiadores argentinos como José María Rosa, Fermín Chávez, Ernesto Palacios y otros adscriptos a la tradición revisionista se robusteció y, con él, la identificación del “laureado historiador paraguayo” como un “símbolo viviente del revisionismo histórico que abarcaba fraternalmente a los hijos de las naciones de la cuenca del Plata, llamado a colaborar de manera más activa en las grandes tareas que “nuestro común revisionismo histórico tiene aun por delante”, según expresiones de José María Rosa.³¹

V

A finales de los años cuarenta O’Leary era quizás el actor cultural más influyente del país lo que conjugado con su protagonismo en las operaciones de rehabilitación del Mariscal López pueden explicar la fluida relación de amistad que estableció con el coronel Alfredo Stroessner, quien estaba a punto de afiliarse al partido Colorado, de asumir el comando de las Fuerzas Armadas de la Nación con sólo 39 años y luego de una meteórica carrera militar.³²

³⁰ BNP, AJEO, Buenos Aires, 15 de setiembre de 1948. La nota a O’Leary está firmada, además del presidente, por el secretario del Instituto, Ramón Doll. Argumentos sobre la hegemonía del revisionismo en Paraguay los hemos desenvuelto en Brezzo, Liliana M., “¿Qué revisionismo histórico? El intercambio entre Juan O’Leary y el Mariscal Pietro Badoglio en torno a El Centauro de Ybycui” en Casal, Juan M. y Whigham, T.; *Paraguay en la historia, la literatura, la memoria*, Asunción/Montevideo, Tiempo de Historia y Universidad de Montevideo, 2012, p. 361- 375.

³¹ BNP, AJEO, Sección Correspondencia Pública y Privada. De Fermín Chávez a Juan E. O’Leary, Buenos Aires, 9 y 28 de octubre de 1954. De José María Rosa a Juan O’Leary, Buenos Aires, 3 de diciembre de 1954.

³² Había nacido el 3 de noviembre de 1912, en Encarnación, hijo de un inmigrante alemán, Hugo Stroessner y de la paraguaya Heriberta Matiauda. Entró en la escuela militar de Asunción el 1 de marzo de 1929 y como oficial de artillería del ejército paraguayo peleó en la guerra del Chaco. Nickson, Andrew, “El régimen de Stroessner (1954-1989)” en *Historia del Paraguay*, Asunción, Taurus, 2011, p.265-295.

Pruebas de la entidad de esos vínculos son los contenidos de las cartas que se intercambiaban en ese tiempo: O’Leary las encabezaba llamándolo, invariablemente, “mi querido amigo” y en no pocas de ellas le expresaba su pesar por “haber tardado en conocerlo”; en las de Stroessner sobresalen, en tanto, expresiones de admiración y de respeto “por su magisterio nacionalista” al tiempo de confirmarle que “nada podrá amenguar la gigantesca talla de su personalidad”. En este contexto debe entenderse, por ejemplo, la demanda del historiador para que el general apresurase, en la imprenta militar, la impresión de su libro *Ildefonso A. Bermejo, falsario, impostor y plagiario*³³ como así también la diligencia de este último por complacer ese tipo de solicitudes.³⁴ Entre estas últimas sobresale el concurso que prestaron las Fuerzas Armadas, en 1953, para el homenaje al historiador uruguayo Luis Alberto de Herrera, de quien O’Leary era amigo desde hacía más de cuarenta años. Herrera sostenía desde comienzos del siglo veinte una tarea de revisión de la clásica lectura sobre la guerra de la Triple Alianza y, durante la guerra del Chaco, había observado una postura intelectual militante a favor de Paraguay. Una y otra posición resultaron argumentos suficientes para ofrecerle honores. Los reconocimientos incluyeron la inauguración de un busto del homenajeado en una calle céntrica de Asunción y un desfile cívico militar.³⁵

El respaldo de Stroessner a las actividades de divulgación histórica condicionaron que se intensificasen las actividades de O’Leary quien, aunque ya septuagenario, aseguraba que se sentía “fuerte y sano”: A solicitud de distintos organismos del Estado daba conferencias, pronunciaba discursos en distintas ciudades del país y era “respetado por todos”. Finalmente, el 20 de enero de 1954, por decreto N° 2573, se lo designó Director General de Archivos, Bibliotecas y Museos de la Nación reteniendo su condición de adscripto al ministerio de Relaciones Exteriores como Embajador.³⁶

³³ *Ildefonso A. Bermejo, falsario, impostor y plagiario* (mayo de 1931), Asunción, Biblioteca de las Fuerzas Armadas de la Nación, 1953.

³⁴ BNP, AJEO, Sección correspondencia oficial y privada. De Alfredo Stroessner a Juan E. O’Leary, Asunción, 6 de mayo de 1952, 31 de octubre de 1952, 3 de junio de 1959 y 4 de junio de 1959. De Juan O’Leary a Alfredo Stroessner, Roma, 17 de mayo de 1952 (copia) y 6 de mayo de 1959 (copia).

³⁵ BNP, AJEO, Sección correspondencia oficial y privada. Del general de división Alfredo Stroessner a Juan O’Leary, Asunción, gran cuartel general, 25 de julio de 1953. El órgano oficial del ministerio de industria y comercio, “Paraguay industrial y comercial” publicó el discurso. Carta de Venancio Sosa a O’Leary, Asunción, 7 de agosto de 1953. También de Luis Alberto de Herrera a O’Leary, 12 de agosto de 1953.

³⁶ BNP, AJEO, Sección correspondencia oficial y privada.

El 11 de julio fue electo a la primera magistratura el general Alfredo Stroessner (único candidato del partido Colorado) luego de una serie de levantamientos militares en Asunción y de alianzas cambiantes entre el ejército y el partido Colorado. En el transcurso de ese mes, la presencia del “vocero de la historia nacional paraguaya” fue requerida de manera constante. Así, por ejemplo, participó en las alocuciones promovidas por Radio Nacional del Paraguay -dependiente de la presidencia de la República- con motivo de un nuevo aniversario del natalicio del Mariscal Solano López. El gobierno se manifestaba determinado a que se impusiera “como norma recordar las fechas de real significación del calendario histórico nacional” y, particularmente, las referidas al Mariscal quien “compendia la clara cumbre del heroísmo paraguayo”. Con igual propósito dictó conferencias, en su calidad de “paladín de la reivindicación”, en el Colegio Militar del Paraguay. La nota de agradecimiento del director de esta institución, mayor Rolando González Murdoch, puso de manifiesto la decisión de imponer el discurso histórico del “laureado escritor nacional” como política de la historia y la identificación – al fin y al cabo uno y otro simbolizaban lo mismo para Murdoch- entre la figura de O’Leary y la del Mariscal *“tanto tiempo vilipendiado y que ahora surge en el horizonte de la patria como máxima expresión del Patriotismo Heroico. Sus fervorosas palabras, le aseguraba, “hicieron vibrar al unísono los más íntimos sentimientos patrióticos y de admiración hacia el héroe máximo, Mariscal de Hierro y hacia su insigne historiador, hijos de esta tierra guaraní, que han honrado a nuestra Patria, el uno con la espada, el otro con la pluma”*.

La identificación entre O’Leary y el flamante presidente de Paraguay se puso de manifiesto en los meses siguientes en dos acontecimientos cargados de simbolismo que nos permiten describir los mecanismos para el uso político de la historia por parte del *stronato*.

VI

Stroessner asumió la presidencia el 15 de agosto de 1954. En ese marco llegó a la capital paraguaya el presidente argentino Juan Domingo Perón. Éste venía persuadido que el impulso de la opinión pública paraguaya y la difícil situación económica por la que atravesaba el país podía permitir una confraternidad de múltiples alcances para su política internacional. Las concreciones, no obstante, estuvieron en el marco de realizaciones modestas, aunque ostentosas. De todas ellas, la más espectacular fue sin dudas la devolución de los trofeos obtenidos por la Argentina en la guerra de la Triple Alianza, que

el escritor chileno Alejandro Magnet inscribió dentro de las actuaciones más “teatrales” de Perón, propias de una política exterior escasa de medios. La prensa asuncena adicta al coloradismo aclaraba que ese gesto era consecuencia de la política de buena vecindad practicada por la Argentina y Paraguay “desde que se alejaron de las esferas gubernativas las oligarquías que tanto daño causaron” y que significaba la hora de reconciliación definitiva de ambos países, el comienzo de una nueva era en los destinos del “Paraguay Eterno y la Nueva Argentina”.³⁷

El 16 de agosto, en la plaza Juan de Salazar y Espinoza en Asunción, Perón transfirió, según sus propias expresiones, “al pueblo de la nación paraguaya”, representada en la persona de su presidente, general Alfredo Stroessner, la custodia de las armas e insignias paraguayas provenientes de la guerra de la Triple Alianza. El mandatario argentino aseguró que llegaba *“como un hombre que viene a rendir homenaje al Paraguay, homenaje que en estas circunstancias tengo el insigne honor de rendir en el nombre sagrado del mariscal Francisco Solano López. Cumple al honor, a la justicia y a la grandeza de los pueblos y de los hombres, rendir homenaje a los héroes que han sabido sacrificarse por la felicidad y por la grandeza de su patria”*. En este acto, Juan Emiliano O’Leary tuvo a su cargo el discurso principal. Comenzó recordando su predica desde hacía cincuenta años “contra aquellos que pretendían aniquilar lo único que se había salvado en el horrendo naufragio: el honor y la gloria de nuestro sacrificio” hasta llegar al presente en el que la guerra, sostuvo, había quedado constituida en epopeya nacional y defensa de la soberanía. En este caso nos interesa afinar en su alocución para mostrar el recorrido de la historia compartida por ambos países realizado por O’Leary, remontándose a la época de la independencia: *“Jamás nuestra América contempló un espectáculo como este. Para encontrarle parangón tendríamos que remontarnos a días lejanos de nuestra común historia y llegar hasta las riberas de nuestro legendario Tacuari, testigo un día de un acto semejante. Y es el propio general Belgrano, cuyo puesto ocupáis hoy con honor, el que ha legado a la historia el recuerdo imperecedero de la magnitud de nuestro general Cabañas, que rindió sobre el campo de batalla todos los honores al vencido, dejándolo partir entre las aclamaciones de sus tropas vencedores y estrechando entre sus brazos y contra su corazón al jefe infortunado que habría de ser el glorioso adalid triunfante de Salta y Tucumán. Paisanos,*

³⁷ *El País*, Asunción, 18 de agosto de 1954.

nos llamaba Belgrano en sus proclamas y paisanos fuimos siempre, por encima de nuestras fronteras aún cuando chocamos en una guerra extraña. Acabáis de entregarnos los trofeos de nuestro pasado dolor, las reliquias sagradas de nuestro inmerecido infortunio y venís con la bandera argentina sobre vuestro pecho para rendirnos el homenaje cordial y afectuoso de vuestro noble pueblo, cerrando para siempre un ciclo nefasto de nuestra historia que de hoy en adelante dejará de emponzoñar nuestro espíritu, borrando para siempre los resabios de pasadas malquerencias”.

En el contexto de esta ceremonia el presidente Perón concedió el título de Oficial de Estado Mayor “honoris causa” del Ejército argentino al general Stroessner y le confirió a Juan E. O’Leary la condecoración de la Orden al Mérito en grado de Gran Cruz.³⁸

Pero aun faltaba algo más. En efecto, en las semanas siguientes a la ceremonia de devolución de los trofeos fue aprobado un proyecto de Ley por el que se facultaba a la comuna de Asunción a la instalación de un busto en bronce del más “grande defensor de la heredad nacional y figura venerada por todos los paraguayos, Juan E. O’Leary”.

La polémica en torno a los grandes hombres de la “historia paraguaya” parecía haberse cerrado definitivamente, según le manifestaba a O’Leary el embajador del Paraguay en Perú, Wenceslao Benítez al enterarse de la iniciativa municipal: “*En el Paraguay de hoy ya nadie discute la grandeza de Solano López y de los que supieron del heroico sacrificio que culminó en Cerro Corá. Solano López ya es “lo que necesariamente debió de ser en las páginas de la historia”*”. En este contexto le preguntaba Benítez si no era llegado el momento de iniciar gestiones oficiales para la repatriación de los restos mortales de Alicia Elisa Lynch, esposa del Mariscal López, para que reposaran “*bajo la cúpula donde honramos a los grandes de la Patria, en el Panteón Nacional”*”.³⁹

El monumento a O’Leary quedaba identificado como un lugar sagrado, un “altar” en el que el “pueblo paraguayo” podría rendirle culto y cantar “himnos para ensalzar su memoria y su nombre”. El attaché de la legación paraguaya en Italia, J. Fernández, le escribía en este sentido: “*Será el Cantar de los Cantares para el Hombre que ya el Mariscal en su testamento intuía que vendría a destruir las montañas de ignominia que los descastados levantaron sobre su tumba. Ud. no es sólo el Cantor de nuestras Glorias, mi querido*

³⁸ La condecoración a O’Leary le fue otorgada por decreto N° 15762 con fecha 17 de setiembre de 1954. Se llevó a cabo la ceremonia en Asunción, el 9 de noviembre de 1954.

³⁹ BNP, AJEO, Sección Correspondencia pública y privada, Lima, 2 de febrero de 1955.

*profesor. Ud. es acero y oro. Brillante maestro de juventudes, su obra es imperecedera y créame que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos glorificarán su Gran Tarea, esa que no tiene límites en el tiempo ni en el espacio”.*⁴⁰

También la Academia de la Historia de Venezuela, a través de una nota de su presidente, Jesús Arocha Moreno, se hizo eco de la iniciativa por la cual “un pueblo se levanta para glorificar a un poeta que reivindicó su honra. La dignidad de un pueblo vale más que todas las grandezas humanas y el Paraguay le debe a Ud. la razón de ser de su existencia”.⁴¹

Como parte del propósito de perpetuar en el bronce la efigie de O’Leary, el escritor argentino Raúl Amaral, afincado en Paraguay desde comienzos de la década del cincuenta y amigo de O’Leary, presentó al presidente Stroessner dos proyectos. El primero de ellos proponía dedicar en todos los establecimientos de enseñanza primaria, media y superior, clases alusivas a la vida y la obra de Don Juan E. O’Leary en las asignaturas Historia y Literatura, según los casos y por conducto del Ministerio de Educación. En el ámbito escolar proponía que en dichas clases se debía destacar “*la abnegada labor de reivindicación histórica y de orientación nacionalista iniciada hace medio siglo por don Juan E. O’Leary y poner su vida como alto ejemplo de moral patriótica y ciudadana, que deberá reflejarse en los niños y jóvenes del Paraguay*”. En cuanto al ámbito de la Universidad Nacional de Asunción planteaba que se dictase un curso especial destinado a estudiar la trascendencia de la obra histórica y literaria de Don Juan O’Leary.⁴²

El segundo propósito recomendaba que el Poder Ejecutivo dispusiera el envío de un proyecto de ley a la Cámara de Representantes por el que se adoptan previsiones para la edición oficial de las obras editas e inéditas de Juan O’Leary.

De este modo, pocos meses después de haber sido investido Presidente de la República, el 1º de marzo de 1955, llamado “día de los Mártires de la Patria”⁴³ en recordación de la fecha de la muerte de Francisco Solano López en Cerro Corá, el 1 de marzo de 1870, Stroessner –con la presencia de O’Leary- descubrió el busto en bronce dedicado al “historiador nacional” en la plaza contigua al Oratorio de la Virgen de la Asunción y Panteón Nacional

⁴⁰ *Ibidem*, Sección Correspondencia Pública y Privada. De J. Fernández a Juan E. O’Leary, Roma, 3 de diciembre de 1954.

⁴¹ *Ibidem*, Caracas, 23 de febrero de 1955.

⁴² *Ibidem*, Asunción, 28 de febrero de 1955.

⁴³ En 1990 se modificó la denominación por “Día de los Héroes de la Patria”. Hasta el presente la fecha constituye el primer acto escolar que se celebra en las instituciones de enseñanza.

de los Héroes, cerca de donde reposaban los restos de aquellos “a cuya rehabilitación había dedicado sus esfuerzos historiográficos desde 1902”. Los discursos de los integrantes del poder Ejecutivo coincidieron en subrayar, en la ocasión, que con ese acto quedaba “cumplida la excelsa misión social del historiador encargado de la vindicta del pueblo ultrajado porque como si la humillación del vencido no bastara, los vencedores mistificaron la historia, para exculparse”.⁴⁴ De este modo, O’Leary asistió a la celebración de su propia gloria.⁴⁵ Y su discurso histórico quedó impuesto como historia oficial.

La reivindicación del pasado y los propósitos políticos del momento nada tenían que ver con un verdadero interés por conocer o recordar el pasado en Paraguay. Pero ¿era realmente así? ¿Era acaso posible el disenso?

VII

Las pruebas disponibles nos muestran que, en efecto, en los confines del Estado *stronista* actuó un conjunto de estudiosos vinculados al Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas (IPIH) y a la Universidad Nacional de Asunción quiénes, según sus propias expresiones, se empeñaban en hacer una “interpretación honesta y seria de la historia paraguaya” esforzándose por inscribirse en una tradición historiográfica alejada de cualquier identificación con el *revisionismo*. El IPIH, antecedente de la actual Academia Paraguaya de la Historia, fue creado en 1937 por el impulso de un grupo de letrados que habían tenido distintos roles durante el conflicto con Bolivia y coincidían en espacios de actuación política y cultural: Julio César Chaves, R. Antonio Ramos, Cecilio Báez, Efraím Cardozo, José Félix Estigarribia, Justo Pastor Benítez y Pablo Max Ynsfrán, entre otros. Además de dedicarse a una intensa actividad periodística, muchos de éstos militaban activamente en el Club de la Juventud Radical, una sección dentro del partido Liberal.

Pues bien, para cuando Stroessner asumió la presidencia, el Instituto había obtenido personería jurídica y contaba con una sede estable en el museo Andrés Barbero. En las Actas de Sesiones del IPIH del año 1956 puede leerse, por ejemplo, que su presidente, el historiador Julio César Chaves, insistía en el rol que les cabía en estos términos: “ojalá que

⁴⁴ Brezzo, Liliana M., *La devolución de los trofeos de guerra*, Asunción, El Lector, 2014.

⁴⁵ Capdevila, Luc, “Para una historia del tiempo presente paraguayo. Del pasado/presente entre dictadura y democracia: los historiadores bajo la dictadura”, *Res Gesta*, 2008, N° 46, pp. 37-59.

en esta casa se forme y de esta casa salga la futura gran generación de historiadores nacionales. Ningún servicio más alto podíamos rendir al país". Junto a esas luces, en la misma ocasión, manifestaba algunas rémoras que, según entendía, ensombrecían aún la práctica de la historia en Paraguay: "Todavía se pretende unir a la historia, que es la mayor riqueza de los paraguayos, a los ajetreos de la politiquería, a menguados intereses, a bastardas ambiciones [...] Todavía ese archivo nuestro [Archivo Nacional de Asunción] vive allí como un huérfano desamparado, sin amparo y sin protección, corriendo graves peligros el invaluable fondo documental que encierra. Todavía las riquezas artísticas dejan nuestros museos y templos para ir a enriquecer colecciones particulares y pinacotecas oficiales del exterior".⁴⁶ Sin embargo de las actividades regulares que desenvolvía en su sede y del prestigio que sus miembros gozaban fuera del país, los temas y las preocupaciones historiográficas de estos autores tuvieron un exiguo impacto en los años de la consolidación del gobierno de Stroessner. Pero la condición de marginalidad de este grupo de historiadores al interior del Paraguay bien podría entenderse en sentido positivo, puesto que ella significó, al mismo tiempo, la condición de existencia y de continuidad de sus trabajos. Y es que la voluntad de veracidad histórica se vio completamente debilitada a partir de 1954 con la imposición de una política de la historia que pretendía reivindicar el pasado –o una parte- como instrumento para legitimar la acción política, aun de los abusos que la tomaron como excusa.

⁴⁶ República de Paraguay, Archivo de la Academia Paraguaya de la Historia, Actas de Sesiones.